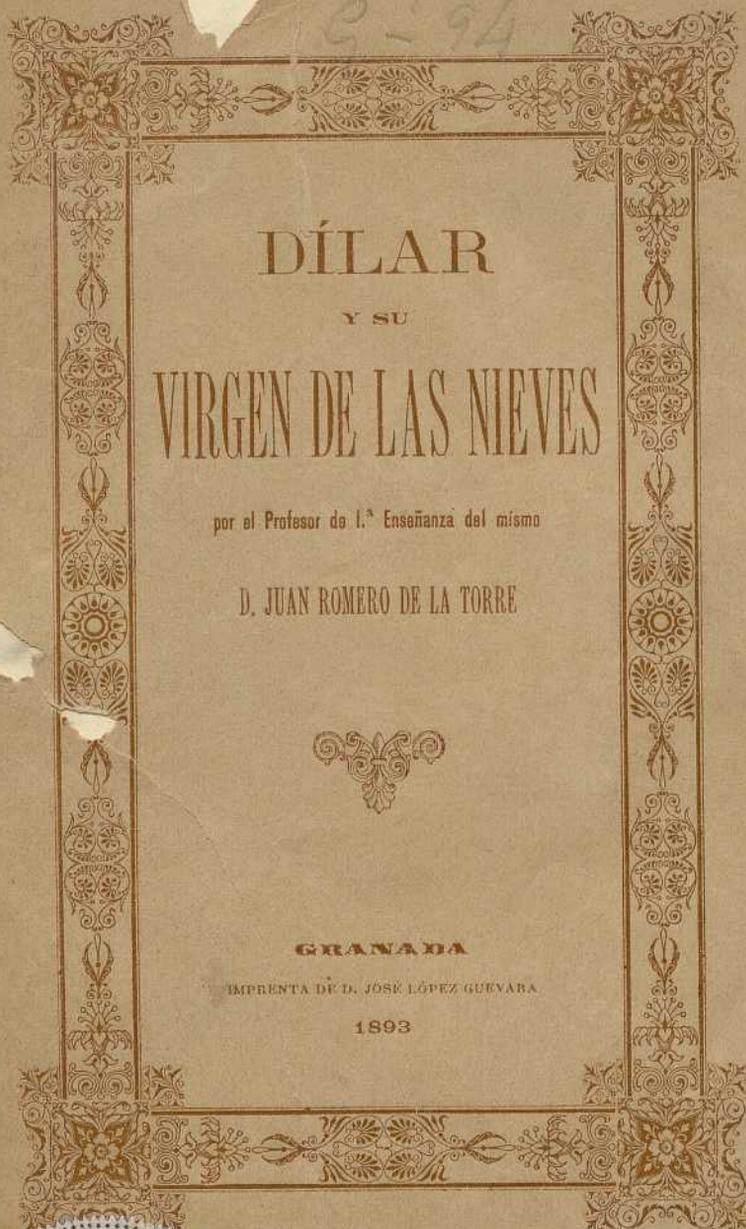


111-8
79
9

C-94



DÍLAR

Y SU

VIRGEN DE LAS NIEVES

por el Profesor de 1.ª Enseñanza del mismo

D. JUAN ROMERO DE LA TORRE



GRANADA

IMPRENTA DE D. JOSÉ LÓPEZ GUEVARA

1893

Nº C
36-37

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Salv:

C

Estante:

002

Número:

071 (9)

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20



Biblioteca Universitaria
CANADA
~~C
36
37 (1)~~

BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA
DE
CANADA

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

002

Numero:

071 (9)





IMAGEN DE Ntra. Sra. DE LAS NIEVES
Que se venera en su Ermita de Dilar

Litog^o de F. Casado

R. 28350

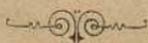
DÍLAR

Y SU

VIRGEN DE LAS NIEVES

por el Profesor de 1.^a Enseñanza del mismo

D. JUAN ROMERO DE LA TORRE.



GRANADA

IMPRESA DE D. JOSÉ LÓPEZ GUEVARA

1893

1688



INTRODUCCIÓN.

DESDE que, afortunadamente, llegué por vez primera á este pueblo de Dilar, acompañado de mi esposa y dos amados hijos, sentí, lector querido, brotar del fondo de mi alma la idea de visitar el Santuario, ó sea la Ermita que, para honra de estos habitantes, hay á un kilómetro del pueblo, hacia la parte Sudeste, y que se levanta como antorcha refulgente en elevada torre, para manifestar á los vivientes que dentro de aquel sagrado recinto se halla la Imagen bellísima de Nuestra Señora de las Nieves, que, con su presencia encantadora, aumenta el sentimiento religioso, por desgracia algo adormecido en el corazón de los cristianos.

Allí, dentro de los muros, está, cual hermosa perla entre las aguas de un proceloso mar, cual diamante precioso en las entrañas de calcárea roca, la milagrosa Virgen María, Nuestra Señora de las Nieves, Madre cariñosa de los hombres y consuelo y refugio de todos los mortales.

Impulsado, como por una fuerza extraña, á practicar mi primera visita á la Virgen, me levanté de mi cama con el firme propósito de dirigir mis pasos á la Ermita.

Era un delicioso día del mes de Mayo. El sol ostentaba,

en su majestuosa carrera, toda su hermosura y esplendor. Mil pajarillos, con sus arpadas lenguas, embellecían tan hermoso día de primavera, y el cielo, cual límpido cristal, manifestaba á los ojos de los hombres la Omnipotencia de Dios y la grandeza incomparable de su Creación.

Me vestí y, con el pensamiento fijo en la Protectora de la humanidad, me dirigí á la pintoresca Ermita. Á los doce minutos llegué á la puerta de dicho Santuario, desde donde se respira en todos tiempos el ambiente más puro de la vida, y se contempla el más bello panorama de la tierra. La puerta de la Ermita estaba cerrada; pedí la llave á la ermitaña y algo convulso la abrí; pero ¡oh maravilla! me encontré al frente de la puerta, y colocada en su precioso camarín, la más bella Imagen que mis ojos habían podido ver. Ante tan milagrosa Virgen, mi pecho se conmovió y se humedecieron mis ojos. Me hincué de rodillas, y más de media hora estuve contemplando aquel vivísimo retrato de la Madre de Jesús, aquel rostro lleno de gracia y de hermosura, á quien pedí fervorosamente por el alma de mi padre y de todos los difuntos.

Admirado completamente de la perfección del arte y de la expresiva mirada de la Virgen, regresé á mi modesta casa con esperanza y propósitos de repetir mis visitas. Así continué por espacio de dos meses, ora yendo con los niños de mi escuela, ora con otras personas. Allí, en unión de mis queridos discípulos, entonaba cánticos de amor y de consuelo, pidiendo en ellos su divina protección; allí rezábamos el Santo Rosario y dirigíamos á nuestra gran Señora oraciones fervorosas.

Al cabo de este tiempo pude presenciar alegremente el día de la solemne función de la Virgen como Patrona del pueblo, viniendo á comprender que la Hermandad, como es natural en un pequeño pueblo, no reunía recursos suficientes para dar á la función toda la brillantez que requiere la excelencia de la Imagen, teniendo los Mayordo-

mos que trabajar mucho para poder reunir una cantidad igual á los gastos de la función, cosa bien sensible para mí. Entonces, y á consecuencia de esto, se agolpó en mi mente, respetable lector, una idea que me dijo: *Escribe un pequeño libro en donde trates de la Virgen de las Nieves y de su aparición; ofrécelo á la Hermandad y de este modo podrá aumentarse el fondo destinado á su santísimo culto.*

Pero, ¡oh Dios mío!, ¿cómo mi pobre inteligencia, obscura como tenebrosa noche, va á dar á luz un trabajo propio de inteligencias fecundas y elevadas? ; Cómo escribir un libro quien carece en absoluto de la facultad envidiable que tienen ilustrados escritores?

De ninguna manera,—me dije.—Así estuve más de cinco meses luchando con la misma idea; mas viendo que, tenaz y perseverante, no se apartaba de mí un solo instante, me dirigí á la Ermita á suplicarle á la Virgen de las Nieves me diera luz para mi empresa, para cuyo acto me hincé de rodillas y con el alma henchida de ardiente fe, le supliqué de este modo: *Madre mía, vos que sois la Reina de los Angeles, la Protectora del mundo, la Augusta Soberana de los cielos y de la tierra; Vos que tenéis la gracia de conseguir de vuestro Santísimo Hijo cuanto le pidáis, concededme siquiera un leve rasgo de vuestra luz divina, para que, alumbrando mi obscura inteligencia, pueda mi vacilante pluma escribir un libro dedicado al aumento de vuestro culto, ó bien quitad de mi pobre mente, Reina y Señora mía, la idea que tanto me persigue.*

Al terminar mi súplica, sentí, caro lector, que la idea crecía más y más en mi cerebro, y que mi espíritu se iba engrandeciendo de tal modo, que no bien hube llegado á mi casa, cuando ya deseaba tomar la pluma para escribir lo que mi constante idea me aconsejaba. En ello ando ocupado y no sé si lo podré conseguir, aunque estoy plenamente convencido de que en estas cortas páginas no ha-

llará el lector belleza ni elocuencia que merezca elogio alguno; pero tengo la satisfacción, y esto me consuela mucho, que cuanto me propongo exponer aquí es verdad pura, á la vez que no lo hago por conveniencia ni lucro alguno, sino con el laudable fin de que todos los devotos á Nuestra Señora de las Nieves lo compren y recomienden, pues es limosna dada en honor de tan milagrosa Imagen. ¡Quiera el cielo que este pequeño libro se extienda por la cristiandad y que, cual benéfico rocío emanado del cielo, produzca saludables frutos en el corazón de los hombres! Si lo consigo, seguiré humilde, porque el orgullo es propio de los vanidosos, pero viviré contento por el objeto á que se dirige.

DÍLAR Y SU ERMITA.

He creído conveniente, respetable lector, dar una ligera idea de este pueblo y de su precioso Santuario de la Virgen de las Nieves, antes de tratar de la milagrosa aparición de la gran Señora en la cumbre de Sierra Nevada, así como de sus portentosos milagros.

Y no sea esto á consecuencia de que yo me crea que el nombre de este pueblo se ignora por el mundo; al contrario, tengo el convencimiento pleno de que no hay en nuestra España una capital, ni una aldea, en donde no resuene en los oídos de sus habitantes el nombre *Dílar*, palabra conocida hoy lo mismo en el palacio de los Reyes que en la choza del pastor. Tal popularidad y fama tanta ha sido dada por el digno Sr. Marqués de este nombre, el excelentísimo Sr. D. Pablo Díaz Ximénez, caballero distinguido, Senador del Reino, y persona de reconocido talento y de nobilísimos sentimientos. Pero como para todo en este mundo es necesario empezar por lo más fácil y sencillo, para poder llegar á lo más difícil y elevado, he aquí el motivo principal y exclusivo que me ha impelido á principiar este mal pergeñado librito, exponiendo en él, primero el pueblo y sus alrededores, sus costumbres y sus fiestas, para terminar con la aparición de la Virgen y sus milagros.

Hecha esta pequeña digresión, empezaré diciendo que sobre la margen izquierda del río de Dílar y como á unos quinientos metros más arriba, se encuentra enclavado este pequeño al par que pintoresco pueblo. Consta de unos tres-

cientos vecinos, siendo éstos en su mayor parte tejedores y colonos.

Las costumbres de sus moradores son buenas y sencillas, como buenas y envidiables son sus ideas religiosas. Carecen de instrucción, á consecuencia de un larguísimo período en que la enseñanza, base de la prosperidad de los pueblos, ha estado abandonada.

El invierno en Dílar es crudo y riguroso hasta el punto de llegar á convertirse en hielo el agua de sus grandes acequias; en cambio, llega la primavera y el cielo recobra su hermosura y majestad; el sol se presenta en su carrera aparente, lleno de belleza y resplandor; el campo se cubre de su hermoso ropaje; la Sierra, despojada en parte de su blanca túnica de nieve, manda de sus faldas cristalinas aguas, y la vida, en fin, se transforma en un conjunto lleno de encantos y hermosura. Entonces el canoro ruiseñor llena el espacio con sus cantos dulces y sonoros; las flores de los campos embriagan al ambiente con el aroma que exhalan, y las golondrinas anuncian con su rastrero vuelo la venida de la aurora, como precursora del rey de los astros.

La primavera y el verano en este pueblo es lo más delicioso de la vida; su paisaje es bello como un cuadro del inmortal Murillo y su cielo encantador como el de Italia.

La Vega, que cual bordado manto rodea el pueblo, ofrece con sus millares de olivos y hermoso verdor, placer y contento al que por ella cruza. Desde los puntos más prominentes ó elevados de ella, se contempla el cuadro más hermoso de la Naturaleza; mirando al Norte y al Poniente se ve la feracísima Vega de Granada cuajada en toda su extensión de bonitos caseríos, blancos como el ampo de la nieve, igual que un pedazo de cielo tachonado de lucientes estrellas. Es un precioso panorama que encanta al que le contempla.

Á la derecha se ve alzarse la capital (Granada) con sus

torres y su Alhambra, recordando á los vivientes fueron en un tiempo testigos presenciales de ardientes guerras, de lágrimas sin cuento. Sobre la parte Sudeste de dicho pueblo se levanta la gigante Sierra Nevada con sus infinitas derivaciones y como desafiando con su elevada cumbre á Sierra Elvira y al cerro Montevive, que á su frente se descubren, surtiendo además á los pueblos de la Vega de sus puras y cristalinas aguas. ¡Qué cuadro más hermoso presenta desde estas alturas la naturaleza á los ojos del hombre! ¿Quién podrá dudar desde este sitio de la Omnipotencia de un Dios sabio, justo y misericordioso? ¿Quién se atreverá á negar su eterna sabiduría, obrando prodigios por todas partes? ¡Desgraciado el hombre que no vea en lo más sencillo de la Naturaleza la presencia de Dios dando vida á cuanto existe! No se crea que esto es hijo de mi entusiasmo y de mi fe: así lo he oído mil veces decir á personas de elevada inteligencia y de respetable autoridad, y así lo creo, porque no en todas partes la Naturaleza se presenta igual; pues si bien es verdad que hay países en la tierra en donde siempre la vida es triste y sombría, en otros, por el contrario, se presenta la Naturaleza ataviada de todas sus galas y hermosura, llena de vida, de belleza y de esplendor. Esto mismo sucede en Dílar, donde el aire puro de la Sierra y las salutíferas aguas que de su seno emanan, bajando por entre cascadas y peñascos, devuelven al enfermo la vida ó su salud perdida, purifican la sangre y prolongan la existencia. Dígalo mi distinguido amigo D. Luis Seco de Lucena, quien sumamente padecido, por el mes de Julio próximo pasado, vino á este pueblo, en donde obtuvo su completa mejoría, no habiéndole bastado el auxilio de la Medicina mientras permaneció en Granada. ¡Cuántas familias pasarían el rigor del Estío en este pueblo, si se hallara dotado de una veintena de casas cómodas para hospedarse en ellas! Porque Dílar, sin exageración alguna, es pueblo donde nunca, en buena

hora sea dicho, ha habido enfermedades epidémicas, en donde la vida es amena y encantadora. ¡Tal vez no esté lejano el día en que cuente con todas las comodidades indispensables para ser en el verano un punto recreativo y delicioso para los que no han tenido el placer de dar un corto paseo por sus alrededores! Si algún día esto fuera un hecho, Dilar será visitado por todas las clases de la sociedad.

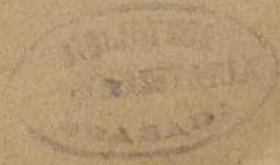
Tiene este pueblo, á más de un kilómetro de distante y hacia la *Boca del Rio*, una hermosa fábrica de tejidos de lanas, del Excmo. Sr. Marqués de Dilar, edificio hermoso que encierra una gran fortuna. Es el amparo de muchas familias que viven de lo que su trabajo les produce y que, á no ser por ella, Dilar sufriría el peso de la miseria, pues no cuenta con más medios de riqueza que su Vega, propiedad en gran parte de hacendados forasteros.

Tiene además otro sitio en donde diariamente ganan el jornal muchos braceros: la hermosa casería de San Pedro, propiedad también del mismo Sr. Marqués, sin cuyo amparo y protección decidida, vivirían precariamente, porque este pueblo, así como en tiempos de trabajo y de ocupación en la fábrica marcha sereno y alegre, así también en tiempos de lluvias, de frío ó de nieve, la desgracia y la miseria se extienden entre la mayoría de sus pobres vecinos; pero tienen el consuelo de que al frente de sus miserias, de su hambre y desnudez, acude presuroso el digno Sr. Marqués, ó bien su distinguido hijo, Excmo. Sr. Don Rafael Díaz Rogés, distribuyendo con mano bienhechora el trigo de sus graneros, ó el dinero de sus bolsillos. ¡Cuántas veces llevo presenciadas estas obras de santa caridad! ¡Y cuántas veces he visto llorar amargamente á pobres padres y madres de familia y luego enjugar el llanto la limosna del Sr. Marqués y de su hijo! ¡La Virgen de las Nieves prolongue los días á estos dos distinguidos caballeros, en justa recompensa del bien que siembran en el corazón de estas familias!

LA ERMITA.

Dando, caro lector, un corto paseo por el camino de ruedas de la casería del Sr. Marqués, donde se levanta con majestuoso aspecto el precioso castillo árabe que tiene dicho señor, bonita obra arquitectónica que encierra en su interior joyas de gran valor, teniendo al frente un jardín delicioso, coronado en primavera de fragantes flores y resguardado por una muralla que termina en alménas y en forma regular, se llega, como iba diciendo, en menos de diez minutos, al Santuario de la Virgen de las Nieves, á un kilómetro del pueblo y el último de los que construyeron á tan bella Imagen desde su milagrosa aparición en la Sierra. Si pequeño es el edificio en su exterioridad, en su interior es grandioso, pues en aquellas cuatro paredes vive la Imagen más hermosa que mis ojos han visto sobre los altares: allí está encerrada en su precioso camarín la Madre de todo un Dios, cual inagotable tesoro de bondad, velando por su amado pueblo; cual diamante escondido en las entrañas de la tierra y cual precioso coral entre las aguas de un lago.

La Ermita, blanca como la nieve de la montaña, es de una construcción bonita y pintoresca: se levanta sobre lo más alto de la Vega, desde donde se descubre vastísimo campo. Al frente de la puerta se halla el altar en donde tras de transparente cristal se contempla la milagrosa Imagen, teniendo en sus brazos al Hijo de Dios, en cuyo angélico rostro se ve la dulce sonrisa de un ángel divino, disfrutando del maternal cariño de su Virgen Madre. Á la derecha de la puerta está el púlpito para dirigir á los fieles la palabra de Dios; á la izquierda del altar de Nuestra Señora hay una pequeña sacristía, en la que años pasados hubo un ligero incendio. Preciosos y vistosos cuadros



adornan las paredes del sagrado recinto, habiendo además dos pequeños cuadros en donde se demuestran dos portentosos milagros de la Virgen. Al lado izquierdo de la puerta de la Ermita existe una modesta vivienda destinada á la pobre anciana que desempeña el cargo gratuito de ermitaña.

Los alrededores del Santuario se encuentran desprovistos de plantas, por cuyo motivo los vientos fuertes dañan el edificio, demostrando á cuantos van á visitarlo, que aquel lugar sagrado reclama que la mano del hombre plante allí, frente á la puerta, árboles que no sólo den sombra al devoto que llega á ofrecer sus oraciones á la Virgen, sino que aumente con la suntuosidad del templo, y el verdor de las plantas y el canto de las aves, el sentimiento religioso.

EL 15 DE AGOSTO EN DÍLAR, Ó LA FUNCIÓN DE LA VIRGEN.

De ninguna manera, amado lector, mi modesta pluma puede describir en este libro, huérfano de todo mérito, el entusiasmo y regocijo que siente este religioso pueblo cuando ve aproximarse el día de la función de su Patrona, la Virgen de los Nieves. Me contento con sólo detallar cuanto mi alma ha sentido en dicho día y mis ojos lacrimosamente presenciado.

Días antes al de la función, no hay mujer que, armada de cubo y escoba y con los brazos descubiertos, no ponga las paredes de su modesta casa como el ampo de la nieve, dejando su vivienda hecha una taza de plata; bien es verdad que por las calles corre el agua en abundancia, y que son curiosas y aseadas.

En cada hogar doméstico reina en la noche de la víspera

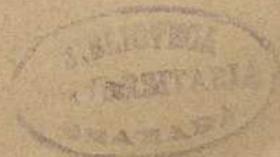
la paz y tranquilidad del corazón humano; todo es contento y alegría, todo placer y entusiasmo, pues por pobres que algunos sean, tienen lo suficiente para disfrutar y no sentir los efectos de la miseria, viniendo esto como á demostrar que parece que la Virgen de las Nieves los ha provisto de todo lo necesario.

Á las cinco ó seis de la tarde, los muchachos de ambos sexos se reúnen en juvenil comparsa y corren presurosos saltando de alegría á las afueras del pueblo, á esperar allí frenéticos y ansiosos la llegada de los músicos del Hospicio. Á la hora de anoecer entran los desgraciados hijos de la Cuna con sus instrumentos, amenizando con armoniosas marchas los preparativos de la función.

Una vez en el pueblo, se dirigen á la puerta del templo, en donde tocan varias piezas, á cuyo compás bailan locos de alegría. Terminado este saludo musical, cada músico se retira á la casa que con anticipación le tienen buscada los Comisarios de la Hermandad de la Virgen de las Nieves.

Centenares de forasteros, impelidos por una ardiente fe á la milagrosa Patrona, entran por la tarde y al anoecer en el pueblo, en el cual la calle Real, como la más céntrica y la que conduce á la Ermita, se halla en dichas horas cuajada de hombres y de mujeres, y de puestos de melones y sandías que obstruyen el paso. Muchos dulceros acuden á endulzar con su turrón y almendra las triturantes bocas de los rapazuelos, y otros muchos buscavidas asisten á la explanada de la puerta de la Ermita, en donde en la noche siguiente hacen de aquel campo una feria concurrida con juguetes, dulces y licores.

En esta mencionada noche la Ermita se encuentra abierta, presentando en su interior á la más hermosa y bella Imagen de la tierra, á quien infinidad de forasteros contemplan llenos de atención y de recogimiento. Al lado de la puerta se hallan los Mayordomos, teniendo en una



mesa la bandeja donde depositan los devotos sus ofrendas y limosnas, llevándose en recompensa una preciosa estampa de tan excelsa Virgen, que allí tienen preparadas.

Al poco rato, cuando las autoridades y el digno Párroco del pueblo han subido á presidir los fuegos artificiales, la música, en forma circular, rompe sus marchas y el maestro pirotécnico prende fuego al castillo preparado, acto que llama la atención de los concurrentes por las caprichosas figuras de que se halla adornado. Este dura largo rato con gran contento de todos, y una vez terminado, bájense al lugar, en donde continúan sus fiestas y regocijos.

LA BAJADA DE LA VIRGEN.

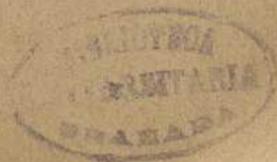
El 15 por la mañana, antes de que el lucero del alba nos anuncie la llegada de tan hermoso día; cuando las golondrinas, posadas sobre los balcones y ventanas, se preparan para dirigir su vuelo por las tortuosas calles del lugar, y el ruiseñor despierta con su armonioso canto á los vecinos, una comitiva de hombres y de niños recorre todas las calles, cantando alegremente, al compás de la clásica guitarra y de sonantes campanillas, las coplas de la Virgen, despertando al mismo tiempo de su dulce sueño á todos los fieles moradores, y anunciándoles que ha llegado la hora feliz de levantarse para marchar á la Ermita de la Virgen de las Nieves.

Hombres, mujeres y niños acuden á la puerta de la Iglesia, desde cuyo sitio marchan entusiasmados, cantando la salve y letanías y en unión del celoso Párroco, á la pintoresca Ermita. Al llegar á este bendito Santuario, los Mayordomos tienen ya colocada sobre sus andas á la milagrosa Imagen, bajándola después al pueblo con entusiasmo y contento de los fieles concurrentes.

¿Quién no se entusiasma ante la hermosa presencia de la Virgen de las Nieves?; ¿quién, al mirar sus ojos como queriendo moverlos ante sus devotos, no siente el alma conmovida?; ¿quién, al oír de boca en boca atronadores y entusiastas vivas, salidos del corazón de aquella masa de gente piadosa, y ver los semblantes pálidos y los ojos arrasados en ardientes lágrimas, hijas de la fe más acendrada, no se conmueve y llora también? ¡Qué escena tan hermosa y encantadora! Nunca sentí brotar de mis ojos lágrimas tan llenas de viva y ardiente fe; nunca sentí ni conocí en mi alma placer tan grato y tan inmenso; jamás en los azarosos días de mi vida sentí latir mi corazón tan fuerte á impulsos de la fe y de la grandiosidad de nuestra sacrosanta religión, ni había visto pueblo alguno tan devoto á su Santo Patrón, ni de creencias tan puras y tan santas, como la vez primera que presencié estas escenas sentimentales y conmovedoras en la puerta del Santuario de Nuestra Señora de las Nieves, en Dílar.

Hasta llegar á la Iglesia con la Imagen, noté, caro lector, que muchas personas se hallaban en las bocacalles del pueblo, esperando ansiosas la llegada de su celestial Patrona. Aquí se presentó otro cuadro que, al par que fué alegre, era conmovedor: pálidos, llorosos, con los ojos fijos en tan bella Imagen, se hallaban postrados de rodillas y lanzando á los aires vivas entusiastas envueltos en amor y dulzura, en alegría y contento, porque ¿quién duda que la visita de la Virgen al pueblo de año á año, á quien profesan profundísimo cariño y acendrada fe, no infunde entusiasmo y alegría en el corazón de cada uno de sus fieles creyentes?

No hay que dudar que la presencia de una Virgen tan bella y milagrosa produjera llanto de alegría y de emoción, porque así como la presencia de un cuadro ó escena de la vida, triste, lastimero y digno de compasión, entristece y conmueve al corazón humano, haciéndole derramar



lágrimas sobre el ser desgraciado, así también, amado lector, la presencia de una Imagen bella como ninguna otra, ó el sonido de una marcha fúnebre, ó la voz elocuentísima del orador profundo, hacen que los ojos se humedezcan por el llanto, que el corazón se oprima por el gozo y que el alma se extasie del placer que experimenta.

Colocada ya la Imagen sagrada de Nuestra Señora de las Nieves en su sacrosanto altar, le ponen sobre su divina cabeza una hermosísima corona que posee entre sus alhajas, donativo que hizo el rico propietario, de feliz memoria, D. Pedro Rogés y Santaló. Quítanle las andas en que ha bajado de la Ermita y la colocan sobre otras de luciente y rica plata, prenda de gran valor, también regalo hecho á la Virgen por el Excmo. Sr. Marqués de Dilar, retirándose los fieles á sus modestas viviendas á disfrutar de los placeres de la gula y á prepararse para la asistencia á la Misa.

LA MISA Y EL SERMÓN.

Las campanas al vuelo anuncian la hora del Santo Sacrificio. Todos se visten de gala para asistir á la Iglesia, y las jóvenes dileñas, convertidas en ramilletes de gallardas flores, acuden contentas y alegres al Templo, á sentarse al frente de la Virgen para contemplar de cerca su pureza y hermosura, y los hombres se disponen á tirar el humeante cigarro que en sus manos arde. De pronto rompe sus marchas la música, y todos esperan la llegada del Ayuntamiento y de la Parroquia. A los cuatro ó cinco minutos de haber dado los toques para Misa, un monaguillo toca una campanilla, cuya señal, amable lector, anuncia la entrada al Templo y la salida de los curas al altar.

Empieza la misa y la música de capilla solemniza el acto con sus instrumentos y sonoras voces. llenando el

Templo de notas melodiosas que van á perderse cual invisible espíritu elevado al cielo. ¡Todo es grandioso en este solemne acto! ¡Todo es majestuoso é imponente! Hasta la voz del celoso y activo párroco de este pueblo, D. Francisco Delgado Conde, oferente de la Misa en dicho día, se halla dotada de más armonía y sonoridad; hasta las velas que iluminan los altares lucen mejor, y hasta la voz del sacerdote que predica las glorias de María Inmaculada, aparecida entre la blanca nieve de la elevada montaña, tiene más elocuencia y está dotada de más fuerza para llevar á los oyentes al convencimiento de sus lógicas razones. ¡No cabe duda para mí, lector querido, que la presencia de tan hermosa y singular Imagen hace que todos estén influídos por la celestial y santa gracia que disfruta una Virgen bella y pura, en la grata mansión de los cielos.

Concluída la función de Iglesia, todos salen á la puerta formando grupos y haciendo comentarios justos del sermón predicado, marchándose después á divertirse y á esperar la hora de la procesión.

LA PROCESIÓN.

Las calles se hallan adornadas con colgaduras y con arcas de dulces, habiendo en cada una siempre ávidos consumidores; la gente, cual laborioso hormiguero, se cruza sin cesar, y de cuando en cuando se ven grupós de jóvenes reunidos cantando amorosas coplas al son de la guitarra. Por esta parte se oye la voz del que pregona el objeto de su venta; por la otra la voz aguardentosa de un garbancero; por aquí el muchacho que corre, y por allí la mujer que ríe satisfecha de contento, formando un conjunto animado y agradable.

3



En medio de este barullo de gente y algazara, toca la campana la señal de la procesión, á la que acuden todos, reuniéndose en la puerta de la Iglesia. Repartida la cera de la Hermandad, se van colocando los concurrentes con el mayor orden y religioso silencio, en las dos aceras de la calle por donde ha de recorrer la Virgen su estación. La gente va saliendo, pero sin adelantarse mucho, ínterin no presencién la aparición de la Virgen de las Nieves. Al salir por la puerta del templo tan soberana Imagen, un viva atronador sale de los pechos de todos los concurrentes. En su mirada, en este solemne acto, hay para los ojos del devoto más expresión y belleza; en la frente divina del Niño Dios, pendiente de los brazos de su Santísima Madre, brilla una aureola de gloria, y en el corazón de cada uno de los acompañantes fieles vése aumentar el sentimiento religioso. Millares de personas, entre vecinos y forasteros de los pueblos comarcanos, marchan silenciosos y conmovidos. De cuando en cuando paran la Virgen en su estación, haciéndole presentar su bellísima cara á todas las calles del lugar, cuya mirada es tan consoladora, que arranca á los circunstantes lágrimas ardientes de entusiasmo y fe.

No hay persona, entre tantos devotos en el acto procesional, que no lleve marcada en su semblante esa emoción propia de un alma impresionada ante la presencia de Imagen tan grandiosa al par que bella.

La música de capilla con sus armonías, el sonido ronco y acompasado del redoblante y el estallido del cohete y palmas reales, se oyen en la procesión con entusiasmo religioso, marchando con orden profundo hasta internarse en el Templo, á hora en que el sol nos ha dado su último suspiro para anunciarnos la llegada de la noche, en la cual todo es alegría y satisfacción. Fiestas por aquí, bailes por allí, forman una velada amena y divertida, continuando embargados por el placer hasta las dos de la madrugada.

en cuya hora se entregan, rendidos por el cansancio, al descanso de sus fatigados cuerpos.

LA APARICIÓN DE LA VIRGEN.

Era el día cinco de Agosto del año mil setecientos diez y siete. El cielo, puro y transparente, sin una pequeña nube que le empañara, demostraba palpablemente á los ojos de la humanidad la excelencia y omnímodo poder de un Dios excelso y justiciero, autor de cuanto existe en los cielos y en la tierra. El campo exhalaba el postrer suspiro de la noche para recibir en aquel instante los primeros resplandores de un nuevo día; muchos pajarillos revoloteaban, ávidos de placer, lanzando al infinito espacio sus más armoniosos trinos, como si fueran himnos de gloria y alabanza á Dios Todopoderoso. El agua cristalina y pura bajaba por sus pendientes laderas á unirse al río Guadalfeo, cuando del histórico pueblo de Válor, situado en la Alpujarra, salía montado en un manso jumento y acompañado de su fiel criado Martín de Soto, el que en aquella sazón era Beneficiado de la parroquia, D. Martín de Mérida, el cual se dirigía á la capital de Granada. Amo y criado emprendieron su camino gustosos y contentos ante lo delicioso que la pródiga Naturaleza presentaba el día, echando por la Sierra con el fin de abreviar camino, aunque éste es espinoso y comprometido en todos tiempos. Se ignoran los móviles que al digno Beneficiado impulsaron á tal viaje, si bien hemos de suponer que asuntos de su carrera y sagrado ministerio le obligarían á ello.

Resignado el digno Ministro del Altar ante las incomodidades de un viaje de tal naturaleza, y hecho por verdaderas y atajos escabrosos, iba caminando, tal vez sin fijar sus ojos en el camino inexpugnable, y sí con ellos puestos en el ancho cielo, á donde dirigiría sus rezos y oracio-

nes, porque, aunque tradicionalmente, se sabe que dicho señor D. Martín de Mérida era un hombre virtuoso y un digno sacerdote, amante de su Iglesia y del bien de su feligresía.

No bien habían llegado á la cumbre de Sierra Nevada á dar vista á la capital de Granada, cuando de pronto se apareció en el cielo, y sobre su cabeza, una nube de aspecto negro y sombrío, anuncio en dicho tiempo de horrible tormenta.

Con pasmosa rapidez, la nube extendió su negro manto por el firmamento y empezó á lanzar de su seno, hinchado de electricidad, relámpagos espantosos y horripilantes truenos.

Cuando los dos caminantes y el manso jumento llegaron al sitio denominado *Collado del Veleta*, la tormenta, soberbia y enfurecida cual indómita pantera, descargaba sobre la Sierra rayos y centellas, confundiendo con su espantoso ruido á los pobres viajeros, temblorosos y perdidos en aquella soledad. ¡Oh Dios mío!, ¡qué grande es tu poder! ¡Qué ser humano, por valiente y animoso que sea, no siente, en tales momentos de tribulación y espanto, el furor de los elementos? ¿Qué corazón, por mucho valor que tenga, en horas de tempestad no se conmueve y pide llorando á Dios le libre del furor tempestuoso de las nubes? ¡Oh!, ¡cuánto debió sufrir el noble corazón del digno Beneficiado de Válor, al encontrarse en medio de Sierra Nevada, viendo sobre su cabeza cernerse con alas impalpables tan horrorosa tormenta!; ¡con cuanto dolor pediría auxilio en aquel solitario camino, sin una choza miserable donde guarecerse y sin ver á su alrededor un solo ser que le animara!; ¡solamente su criado aturdido y el jumento acobardado eran su compañía!

La tormenta no cesaba, y en tan crítica situación, los caminantes tuvieron que pasar las amargas horas de la noche casi enterrados en nieve y sin más luz que el pálido

resplandor del relámpago y la fe del corazón. La vida de los dos viajeros era allí un frágil hilo que al más leve soplo se cortaba; pero ¡oh Virgen de las Nieves, Madre de los desamparados!, en tan críticos momentos de angustia y desesperación se encontraban, que, hincados de rodillas, con los ojos arrasados en lágrimas y el corazón en Dios pensando, se encomendaron á la Virgen de las Nieves, á cuya celestial Señora imploraban fervorosos su divino auxilio y su santa protección. ¿Qué gozo no experimentaría el alma de D. Martín de Mérida al ver que por delante de sí tenía á la más bendita de las mujeres, á la Madre amorosa de los hombres, la Virgen de las Nieves, en cuyos brazos de pureza tenía á su Santísimo Hijo y rodeada por una aureola de luz divina, y en medio de los ángeles que la custodiaban? ¡Milagro portentoso! La divina presencia de tan celestial Señora, teniendo á todo un Dios en sus brazos, sofocó por completo á la tormenta, haciendo desaparecer las nubes y enmudeciendo el trueno y el relámpago.

La brillante luz de su celestial corona iluminó el espacio, y el sol que asomaba por Oriente encontró el cielo sin nubes que le impidieran lanzar su luz vivificadora sobre la faz de la tierra. El digno Beneficiado quedó inmóvil y estático ante la aparición de la Reina de los Ángeles, en cuyo rostro divino, de gloria iluminado, vió el consuelo de una Madre cariñosa que con su dulce mirada le decía: *Nada temas, hijo mio, que mi poder te ha salvado.* ¡Oh Madre mía!, ¡quién tuviera la inefable dicha de poder contemplarte como el digno Beneficiado de Válor!

Convencido D. Martín de Mérida de que aquello no había sido visión, ni cosa ficticia, y que sus ojos habían visto la divina cara de María Santísima, con cuya presencia el cielo había recobrado su esplendor y su hermosura, elevó su mirada al cielo por el sitio en que se había aparecido su divina Protectora, y llorando de alegría le dirigió sus

plegarias, dando gracias al Señor que se había dignado enviarle aquella poderosa mano para sacarlo ileso del furor de la tormenta en la más grande soledad de Sierra Nevada.

Terminada su oración, continuaron su camino á la capital con gran contento en sus corazones, propalando por todas partes la milagrosa aparición, conocida en la actualidad por todos los pueblos católicos, y prometiendo hacer á Nuestra Señora de las Nieves, en aquel mismo año y á sus expensas, un pequeño Santuario, á donde fueran los devotos á ofrecer sus oraciones.

CONSTRUCCIÓN DE LAS ERMITAS.

No hubo pasado un año desde la aparición de la Virgen, cuando D. Martín de Mérida, agradecido de haberle librado de la muerte la Imagen milagrosa, construyó á sus expensas una pequeña Ermita en aquel mismo sitio de la Sierra en que tuvo lugar la aparición de Nuestra Señora de las Nieves; pero que encontrándose este lugar sagrado á mucha distancia de Dílar y casi en todos tiempos cubierto de nieve, se hacía muy difícil ir á dicho sitio á dar el culto necesario á Imagen tan milagrosa. Por esta poderosa razón, abandonaron aquel lugar, donde aun quedan vestigios, y en el año de 1724, construyeron otra en el sitio denominado *Prados del Borreguil*; pero como tanto ésta como la primera reunían las mismas desfavorables circunstancias, determinaron, como así lo hicieron, edificar otra Ermita en 1745 en el sitio llamado *Picón del Saviál*, conocido en la actualidad por la *Ermita Vieja*, hoy cortijo de labor de la propiedad del mismo Sr. Marqués de Dílar.

En este sitio continuó la Ermita teniendo en su interior á la Imagen de la Virgen de las Nieves, hasta que en el

año 1796, bien fuera por haberse acrecentado la devoción fervorosa de los habitantes de este pueblo, bien como tradicionalmente aquí se dice, la distancia, el agua sumamente fría y el trastorno que las familias sentían, regresando algunos indispuestos á sus casas, lo cierto es que construyeron la que hay en la actualidad y que ya conoce el lector, precioso Santuario, arca sagrada en cuyo seno se encuentra tan divina Imagen, á quien dedican sus ofrendas, en testimonio sincero y leal de gratitud inmensa por los señalados favores prodigados por Ella, millares de creyentes fervorosos.

LOS MILAGROS DE LA VIRGEN DE LAS NIEVES.

Muchos son, lector querido, los portentosos milagros de tan bella como celestial Señora, verificados por todos los lugares de la tierra; fuera imposible, al par que impropio de un libro tan pequeño como este, tratarlos todos, por cuya razón me concreto solamente á exponer los que desde su milagrosa aparición al Beneficiado de Válor, se han verificado, tanto en este pueblo como en otros convecinos ó comarcanos.

Los milagros de tan hermosa Imagen no son infundios de la fe; son la pura realidad presentada palpablemente ante los ojos de este vecindario; no son invenciones para engrandecer á una bellísima Imagen, ni extender su culto; son verdad profunda, clara y evidente, que no admite ningún género de dudas. Prescindiendo por completo de más de doscientos milagros, como lo prueban otras tantas mandas existentes en la Ermita, voy á referir al lector nueve milagros hechos por la Santísima Virgen de las Nieves, los cuales demuestran, pero de una manera evidente, el poderoso auxilio que siempre presta esta gran Señora á los cristianos que invocan su protección y ayuda.

MILAGRO 1.º

Era el verano del año 1778. Se hallaba Miguel de Mata trillando con sus mulas en una de las eras de Otura, cuando sin poder evitarlo, cogieron con el pesado y cortante trillo á un pobre niño que á la sazón se encontraba en medio de la era. La abuela del desgraciado niño, que hallábase presente, al ver á su nieto bajo el trillo, con el corazón herido por el dolor y los ojos anegados en amargo llanto, cayó de rodillas al suelo y con las manos cruzadas y la mirada al cielo, pidió fervorosamente á la Virgen de las Nieves salvara á su nieto querido, que ya lo suponía destrozado y moribundo.

No había transcurrido un minuto, cuando con gran contento y asombro de ella y de los que se apercibieron de la desgracia, vieron salir al muchacho libre é ileso de las pisadas de las mulas y del pesado trillo. ¿Qué alegría no recobraría el corazón de aquella pobre anciana al ver á su nieto vivo y sano, creyéndole muerto y destrozado? ¿Podrá negarse este milagro tan profundo? La razón no puede comprender cuan grande y misterioso es el poder del Altísimo; no puede explicar los hechos sobrehumanos; por esto débese acatar el inmenso poderío de Dios y la grandeza de sus divinas leyes.

Este hecho milagroso, verificado en la era, merced á la Virgen de las Nieves, fué comentado por todos los pueblos colindantes, quedando en la Ermita, como para recuerdo eterno, un cuadro, destacándose en él las figuras de los que fueron testigos del milagro.

MILAGRO 2.º

Era el año de 1747. Mateo de la Torre, vecino de Gabia, á dos leguas y media de Dílar, se hallaba postrado en la cama á consecuencia de una penosa enfermedad.

No tenía ya consuelo de médicos, ni de medicinas, pues

éstas habían agotado sus recursos. El pobre enfermo no tenía esperanza alguna de vida y solamente aguardaba la llegada de la muerte. En esta situación se encontraba, cuando pensando en el poderoso auxilio de nuestra Señora de las Nieves, se encomendó á Ella y con el corazón contrito y henchido de ardiente fe, pidióle le quitase aquella enfermedad y le diese lo que más le conviniera. Al día siguiente sintió Mateo de la Torre tener alivio sin auxilio de la ciencia, y éste fué aumentándose de tal modo, que en breves días obtuvo completa mejoría. En virtud de este milagro de la Señora, mandó hacer un pequeño cuadro en cuyo lienzo se destacara la bendita Imagen en presencia suya, cuadro que se encuentra en la referida Ermita.

¿Cómo se comprende, si no que por un milagro, que un enfermo agonizante, sin esperanza de vida, pudiera obtener su salud sin el auxilio de la Medicina? Es imposible. Mateo de la Torre se curó radicalmente mediante la protección de la Virgen: de lo contrario, su muerte era inevitable.

MILAGRO 3.º

Hace ya treinta y cuatro años, según cuenta su madre, que José Benítez Carmona, vecino de este pueblo, á los seis años de edad y á consecuencia de haberse metido en agua fría, tuvo unos fuertes dolores en ambas piernas, que le impedían dar un paso. Andaba el tiempo, y ni éste, ni las medicinas prodigadas al paciente, bastaban para aliviarlo. Sus padres, como es propio y natural, sentían la desgracia de su hijo impedido, no quedándoles más consuelo que vivir esperanzados en la protección de la Virgen de las Nieves.

Un día que, á fin de que la presencia de la Virgen calmara el rigor de un fuerte temporal que había en este pueblo, y á efecto del cual la inmensa mayoría de estos vecinos estaban sumidos en la mayor miseria, bajaron la mi-

lagrosa Imagen al pueblo; la madre del referido niño enfermo, pensó ir á la esquina de la calle de la Iglesia, con idea de ver bajar la Virgen y pedirle por su desgraciado hijo; pero ya que iba por medio de la calle, un extraño pensamiento le hizo volverse á su casa y tomar al hijo entre sus brazos, diciéndole al inocente tullido *que al ver entrar por el pueblo á la Santísima Virgen le pidiera con todo su corazón le concediese la salud de sus debilitadas piernas, perdidas para siempre.*

Madre y niño salieron de su casa con los ojos anegados en dulce llanto de esperanza, y con los corazones conmovidos. Llegaron á la esquina de otra calle llamada de la Santísima Trinidad, en donde se pararon para ver entrar la Virgen milagrosa. Cuando esta gran Señora llegó frente á ellos, exclamaron con balbuciente y llorosa voz: *Madre mía, concedednos lo que nuestro corazón os pide y deseamos; no nos dejéis desamparados.* En aquel mismo momento el niño José Benítez, animado por una fuerza misteriosa, se dejó caer al suelo, y con vivas á la Virgen de las Nieves, siguió tras de ella con asombro de las gentes, dejándose á su madre conmovida y como aletargada á causa de milagro tan patente. Pararon la Imagen bendita, y todos los concurrentes, con los ojos bañados en lágrimas de fe, lanzaron al espacio vivas entusiastas á su Patrona, que en aquel feliz momento había hecho uno de sus muchísimos milagros. La depositaron en el Templo, cesó en el mismo día el temporal y todos los fieles dieron gracias á Dios por haberles puesto por protectora á la más bella y santa de todas las mujeres.

José Benítez Carmona no volvió á sentir dolor alguno en las extremidades inferiores de su cuerpo; vive en este pueblo y confiesa, lo mismo que su anciana madre, el hecho milagroso siempre que se le exige, así como las personas más ancianas, de quienes he sacado este dato tan verídico como prodigioso.

MILAGRO 4.º

En el término de este pueblo, en un cortijo denominado *Cuevas*, se encontraba la niña Margarita Gómez, distraída con los juegos propios de su edad, y al frente de su madre, quien estaba atareada en una de las faenas de su sexo. En la puerta del cortijo había un pozo bien profundo que abastecía de agua á la casa de campo; embelesada la niña en los atractivos del juego, se le escaparon los pies y cayó al abismo. La madre, que se apercibió bien pronto de la desgracia por el golpe de su hija, imploró los auxilios de la Santísima Virgen de las Nieves; pero exhalando un ¡ay! doloroso, cayó desmayada al suelo. Al grito de la madre, acudió como por milagro gente trabajadora, y enterada del suceso, bajaron á lo hondo del pozo para salvar la niña; ¿qué asombro no sería para los que acudieron al lugar de la catástrofe al hallar la niña sobre las aguas del pozo completamente ilesa? ¡Qué alegría, amado lector, no experimentaría aquella pobre madre al ver su hija viva y no ahogada, como era de esperar? ¡Oh Virgen de las Nieves!, ¡oh Protectora de los hombres, qué grande es tu poder!

MILAGRO 5.º

Hace más de veinticinco años, según refieren las gentes más ancianas de este pueblo, que en la puerta de la casería de San Pedro, camino de la Ermita y propiedad, como ya sabe el lector, del Excmo. Sr. Marqués de Dílar, tuvo lugar otro hecho milagroso de la Virgen, que por lo palpable que fué, dejó asombradas á cuantas personas tuvieron el gusto de presenciarlo.

Cuentan que al bajar, como ya conoce el lector, la gente de la Ermita con su Imagen, en la mañana del día 15 de Agosto de aquel año, y cuando venían próximos á la puerta de dicha casería, se encontraba allí en unión de varios

amigos forasteros, el rico y bienhechor, entonces propietario de la mencionada casa de campo, D. Pedro Rogés y Santaló, padre político del Excmo. Sr. Marqués de Dilar.

Dicho Sr. D. Pedro, había regalado á la Virgen de las Nieves una hermosísima corona de plata, preciosa joya que en su día le ponen. Al pasar la bendita Imagen por frente de dicho Sr. D. Pedro, cayó de la cabeza del Niño que la Virgen tiene en sus brazos, una pequeña corona de latón que llevaba, distinta en hechura y en valor de la de su Santa Madre, yendo á caer á los mismos pies del humanitario Sr. Rogés. La gente se apercebió de aquello, pero nunca llegó á creer otra cosa que la de que, por un brusco movimiento dado por los que traían las andas, había sido desprendida la corona del Niño; para la Virgen frente á la misma puerta; vuelven á colocar la pequeña corona sobre la divina cabeza del Niño Dios, y ¿cómo quedarían los concurrentes y el religioso corazón de D. Pedro Rogés, al ver palpablemente que la corona cayó por segunda vez, y sin fuerza que la trepara, á sus mismos pies? ¡Milagro!, ¡milagro!, repitieron mil voces á un tiempo, y milagro era. ¿Qué quería demostrar la caída de la corona ante la presencia del Sr. Rogés? ¿Por qué no había caído antes, ni después? Ante aquel hecho milagroso y conmovedor, D. Pedro Rogés, emocionado y comprendiendo al momento la misteriosa causa de la caída de la corona á sus pies y en su misma puerta, dicen que pálido por la emoción que aquel suceso extraño infundió en su pecho, exclamó: *Para el año siguiente llevarás, amado Niño, otra corona igual que la de tu Santísima Madre.*

¿Quién podía comprender el misterioso secreto que daba origen á tan portentoso milagro? Solamente Dios y el corazón de D. Pedro, iluminado en aquel momento por la gracia celestial de una Virgen Santa y pura y de un Dios Niño, porque al hombre no le es dado otra cosa que la preciosa facultad de poder interpretar, por medio de la fe, ac-

tos sorprendentes, como el ya citado, que la razón misma no puede comprenderlos.

D. Pedro Rogés no olvidó su promesa y no esperó pasara mucho tiempo sin que el Niño de la Virgen de las Nieves tuviese sobre su divina cabeza una corona de brillante plata, igual que la de su Madre amantísima. Este milagroso hecho se comenta en este pueblo todos los años, pasando de boca en boca y de generación en generación. ¡Quiera Dios que en virtud de las santas obras que en su vida practicó, disfrute D. Pedro Rogés otra corona de gloria en la mansión de los cielos!

MILAGRO 6.º

Cuenta la anciana ermitaña que presencié un ejemplar milagro en aquella santa Ermita, hace ya bantantes años. Según refiere, un año, día de la Virgen de las Nieves, se presentó en tan sagrado recinto un desgraciado joven que, á consecuencia de unos fuertes dolores, andaba apoyado en dos muletas. Que al entrar en el Santuario de Nuestra Señora, se hincó, con muchísimo trabajo y no poco dolor, de rodillas frente al límpido cristal, á cuyo través se ve la bendita Imagen. Que apoyado en sus muletas, con los ojos arrasados en lágrimas y el corazón lleno de fe y de esperanza, empezó á implorar fervorosamente el auxilio divino de la Madre de los desamparados. Dice que no habían transcurrido diez minutos cuando á presencia de la referida ermitaña, aquel devoto impedido, venido de pueblo lejano, dejó caer al suelo las muletas, y que impulsado por una fuerza extraña y milagrosa, se levantó del pavimento y poniéndose de pie, decía: *Oh Virgen milagrosa de las Nieves! ¡bendito sea tu poder, como fué bendito el fruto de tu vientre!, ¡oh Madre mía! ¿Con qué os pagaré el grande favor que acabo en este feliz momento de recibir de vos, Señora? Aquí os dejo, Madre mía, mis dos muletas en testimonio de la verdad de este hecho milagroso,*

para que cuantas personas os visitan en este vuestro Santuario, crean la veracidad de mis palabras.

En efecto, la Ermita posee entre las ofrendas que en su interior encierra, y pendientes de la pared, las dos mulletas mencionadas, no pudiendo manifestar el nombre del joven que en ellas se apoyaba, debido á la falta de memoria de la ermitaña, mujer ya torpe por la decrepita edad en que se encuentra.

MILAGRO 7.º

Ve aquí, lector amable, otro de los milagros más grandes verificados en este pueblo por nuestra celestial Patrona.

Se hallaba Francisco Alcántara, vecino de este lugar, completamente impedido por agudos y fuertes dolores en sus brazos y en sus piernas. Viendo que todos los hombres, mujeres y niños habían ido á la Iglesia en el día en el cual se celebraba con júbilo la función solemne de la Virgen, deseó, ahogado por el dolor y el tormento que padecía, ir él también á presenciar la solemnidad del acto religioso. No pudiendo su familia resistir ante el deseo del referido Alcántara, buscaron cuatro hombres y le condujeron en un sillón á la Iglesia. Una vez allí sentado, comenzó á sentir alivio y esto fué causa para poder escuchar atentamente el santo sacrificio de la Misa, y la elocuente voz del encargado del panegírico de la Virgen de las Nieves. Cuando hubo terminado el acto religioso, empezaron á salir los fervientes devotos que dentro del templo había, escena que el dicho Alcántara presenciaba con las lágrimas en los ojos y con el corazón traspasado por el dolor, al considerar que todos los concurrentes salían por su pie y él quedaba solo en el Templo por imposibilidad de sus tullidas piernas. En estas reflexiones se encontraba, cuando de pronto miró al sacrosanto altar do estaba la Virgen de las Nieves, á la que llorando y con toda su

alma le dijo: *Madre mía, ¿por qué no consigues de tu Santísimo Hijo me devuelva la salud perdida? ¿Por qué siendo vos tan bienhechora, tan Santa y tan milagrosa, no pides á Dios Nuestro Señor, me conceda la facultad de salir de este sagrado recinto por mis pies? ¡Oh Madre mía!, ¡oh Virgen de las Nieves, qué solo quedó aquí viendo irse á los demás y yo no puedo mover mis piernas!... ¡Haced un milagro, Virgen Santa!*

En aquel mismo momento, el referido Alcántara sintió una fuerza superior que le levantaba del sillón, y probando á ver si era cierto lo que su fe le decía, se levantó como si nada hubiese tenido, y por sus propios pies fué de altar en altar orando y dando gracias á Dios y á la Virgen Santísima, y saliendo después á la calle, fué contando el milagro á cuantas gentes encontraba, quienes quedaban enmudecidas al ver al Alcántara marchando de una manera natural y desembarazada. Cuentan los que presenciaron el estupendo milagro, que el llanto de alegría y los vivas de las gentes de este pueblo á la Virgen de las Nieves llenaba los espacios.

MILAGRO 8.º

Hace próximamente veinte años que otro vecino de este pueblo, llamado Victoriano Alguacil, yacía en una cama sepultado en el más agudo dolor que puede sentir el cuerpo de un enfermo: sus piernas y sus brazos no servían para nada, teniendo una persona de su familia que darle de comer y hasta vestirlo. ¡Era, en fin, una situación bien triste la del entonces desgraciado enfermo! Se hallaba desesperado y no encontraba remedio alguno; pues la ciencia era impotente y las medicinas no tenían virtud curativa que calmase sus dolores y extinguiese su penosa enfermedad.

En tal estado Victoriano, una noche en que el dolor le atormentaba, revolcándose desesperadamente sobre el lecho de su dolor, dirigió fervorosamente sus ojos á un her-

moso cuadro de la Virgen de las Nieves que se hallaba colgado en una de las paredes de su dormitorio, y llorando amargamente exclamó: *¡Madre mía, Virgen de las Nieves, siempre clemente y misericordiosa, ponédme bueno, ó mandadme por vuestra poderosa intercesión la muerte, para no sufrir más en este lecho de dolor los tormentos de mi penosa enfermedad! ¡Concedédmelo, Señora mía, si veis que me conviene?*

Al siguiente día, Victoriano Alguacil empezó á sentir en sus extremidades cierto alivio que le hizo descansar y renacer su perdida esperanza. No bien hubieron transcurrido ocho días cuando, libre ya de los agudos dolores que le atormentaban, pudo salir á la calle con gran contento de su alma, de su familia y de todos los vecinos, quienes veían de una manera prodigiosa un milagro portentoso.

Á consecuencia de este milagro, y lleno de agradecimiento á la Virgen de las Nieves, le hizo una función á sus expensas y distribuyó entre los pobres más necesitados, de este pueblo tres fanegas de pan, que fueron en aquel memorable día el consuelo de algunos infelices.

MILAGRO 9.º

No queriendo, amable lector, hacer más extenso este pequeño libro, voy á referir el último milagro hecho por Nuestra Señora de las Nieves en este pueblo, en el mes de Marzo del año próximo pasado.

En dicho mes se presentó un temporal tan tenaz y cruel, que impedía salir á la calle y el que los pobres pudieran ganar una peseta para alimentar á sus pequeñuelos.

La lluvia y el viento eran dos incesantes enemigos que proporcionaban á estos infelices días de miseria, de quebranto y pena. Propusieron algunos vecinos al dignísimo Cura de este pueblo que, á fin de que el temporal cesara, creían necesario é indispensable ir en rogativa á la Ermita y bajar la Virgen á la Iglesia, á fin de que tan mila-

grosa Señora disipase las nubes y calmase el viento que tanto daño estaban ya causando en los campos y en el pueblo.

Conforme el celoso párroco, mandó tocar las campanas para llamar al Templo á los fieles del lugar. Iba yo también. Salimos de la Iglesia en número de cuatrocientas personas de ambos sexos, cantando la Salve, con los corazones despedazados por el dolor que infundía la presencia de un centenar de mujeres llorando vivamente bajo el peso de la miseria, y lo restante de la concurrencia conmovida también por la época calamitosa que se venía sufriendo. La lluvia no cesaba un momento. Llegamos á la Ermita y al dar vista al precioso Camarín do está la Virgen de las Nieves, el llanto se aumentó de tal manera, que hombres, mujeres y niños lloraban, y, amable lector, mucho me honra el decirlo, ¡yo lloraba también! Salimos de regreso á Dílar con Nuestra Intercesora para con Dios, y entramos en la Iglesia, no sin haber cesado la lluvia que había humedecido nuestros vestidos. Una vez colocada tan bendita Imagen dando frente á todos los fieles, se subió al púlpito el distinguido Cura, para dirigir á sus oyentes la palabra divina y pedirle á María Santísima su protección en aquella hora de angustia y de dolor; pero ¡oh asombro!, de pronto el sol dejó escapar por entre las pardas nubes sus hermosos resplandores, y éstos iluminaron el interior del Templo. Ante aquella luz inesperada, el digno Cura, el pueblo y yo, prorrumpimos en alegre y dulce llanto, viendo palpablemente que aquella luz, aquel resplandor hermoso, no era una coincidencia de las nubes; era efecto de un milagro ante los ojos de la fe, porque el sol, caro lector, no volvió á ocultar su disco resplandeciente, y porque las nubes, que hacía más de quince días cubrían el ancho firmamento, se fueron disipando cual humo evaporado. ¿Quién en aquel acto religioso, viendo al Párroco llorar á causa de la emoción que su alma sen-

tía viendo á su amado pueblo, á quien quiere entrañablemente, libre de la crudeza del tiempo, delante de una milagrosa Virgen y en medio de los fieles fervorosos y sollozantes de placer y de entusiasmo religioso, no llora también y se hace solidario de tan profunda alegría? Era milagro, pero bien patente. Era milagro hecho por la Virgen Soberana de las Nieves, á cuya hermosa presencia, las nubes se ocultaron, el viento desapareció y el rey de los astros la saludó con sus rayos esplendentes.



À DÍLAR.

Sigue ¡oh Dilar! celebrando
Con júbilo la función
De tu Patrona, que Dios,
Que lo está todo mirando,
Te pagará con su amor.

No borreís del corazón
Vuestra fe y santa creencia
À la Madre del Señor;
Pues ella con su influencia
Os presentará ante Dios.

De la Santa Religión
Seguid, seguid el camino,
Que de nuestro Redentor
Ella es el eco divino
Que consuela al pecador.

À vuestra Virgen amad
Como la venís amando:
No la lleguéis á olvidar,
Que es la Reina celestial
Que está por todos velando.

Y como Imagen bendita
Retrato de la del cielo,
Pedidle con fe contrita
Cuando vayáis á su Ermita,
Dicha, paz, salud, consuelo.

INSPIRACIÓN.

Hacia la parte de Oriente
De Dilar, hay una Ermita,
À donde va mucha gente
À orar reverentemente
Con el alma muy contrita.

En este lugar sagrado
Está la Virgen María,

Con su maternal cuidado,
Velando de noche y día
Por Dilar, su pueblo amado.

De las Nieves es llamada,
Y es tan hermosa y tan bella,
Que su virginal mirada
Es más pura que la estrella
Que aparece en la alborada.

Es la perla más hermosa
Que el mar en su seno encierra;
Es la joya más preciosa
Esta Imagen milagrosa,
Que pudo haber en la tierra.

Sus milagros son patentes
Como grande es su pureza;
Es de gracia rica fuente,
Y es tan pura su belleza
Que encanta á quien la contemple.

Es la Madre del Señor,
Aparecida en la Sierra
Para hacer ver en la tierra
Que á su gracia es acreedor
El pecho que amor encierra.

Á LA VIRGEN DE LAS NIEVES.

Bendita seas, Señora,
Que sólo tu mirada
De gloria inmaculada
Consuela al pecador.

Á Ti, excelsa Pastora,
Que moras en el cielo,
Te implora con anhelo
Mi alma, con amor.

Á Ti, Reina y Señora,
Te pide el ser humano
Le prestes con tu mano
La santa protección.

Pues Tu, Madre querida,
De gloria rodeada,
Eres la más preciada
Del mundo y de mi Dios.

À Ti, luz de mi vida,
Estrella refulgente,
Te pido humildemente
Del Dios Omnipotente,
Consigas mi perdón.

Y ofrézcode, Señora,
En ello confiado,
Mi vida desde ahora,
Mi alma que te adora,
También mi corazón.

ORACIÓN QUE SE DIRÁ Á LA VIRGEN DE LAS NIEVES.

¡Oh Virgen de las Nieves!; ¡oh Madre mía! Vos que sois el dulce amparo de los pecadores y el vivo consuelo de los afligidos, dirigid hacia este humilde pecador una sola mirada de compasión, porque mi alma, ¡Madre mía!, seducida por sus enemigos y encenagada en las pasiones, ha quebrantado mil veces la santa ley de mi Dios. Por tan horrible culpa, siento en mi pecho, ¡oh Virgen Santa!, la angustia del pecado; pero confiando, Madre amorosa, en vuestra inagotable misericordia, acudo á vos con el corazón contrito y humillado y con lágrimas de dolor y arrepentimiento, esperando me alcancéis, por los méritos de vuestro Santísimo Hijo, las disposiciones necesarias para que, aborreciendo el pecado, pueda practicar todas las virtudes, que son las que me han de proporcionar la paz en esta vida y la eterna felicidad en la otra. Amén.

INDULGENCIAS.

Vista la devoción profunda de los católicos cristianos á la Santísima Virgen de las Nieves, y conocida universalmente su aparición en la cumbre de Sierra Nevada, así como sus verdaderos milagros, el Smo. Padre Clemente XIII, Pastor de la Iglesia Nuestra Madre en el siglo XVIII, expidió á todos los fieles del mundo una Bula, con fecha 16 de Junio de 1761, en la que concedía indulgencia plenaria á todos los que, arrepentidos, confesados y comulgados, visitasen la Ermita ó pequeño Santuario de Nuestra Señora de las Nieves, en el día de su festividad.

Esta Bula se halla archivada en esta Parroquia y fué expedida en Gandulfo, diócesis de Alba, Italia, de la que hay una copia en la Ermita de la Virgen.

Hay además concedidos 240 días de indulgencias á los que rezaren una salve ante la milagrosa Imagen, ó bien ante sus estampas.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Introducción	3
Dílar y su Ermita.	7
La Ermita.	11
El 15 de Agosto en Dílar.	12
La bajada de la Virgen.	14
La Misa y el Sermón.	16
La procesión.	17
La aparición de la Virgen.	19
Construcción de las Ermitas.	22
Los milagros de la Virgen.	23
Á Dílar	35
Inspiración	35
Á la Virgen de las Nieves.	36
Oración á la Virgen.	37
Indulgencias.	38

